

Miguel Angel Vega

Españolismo de la Literatura de la Conquista y de la Colonia



Los estudios de crítica o de historia literaria publicados en el país adolecen de serios defectos que hacen de estas obras papel muerto y sin significado para la cultura nacional. Es éste un hecho comprobado que casi no necesita demostración. Sin embargo, la manera como los críticos han enfocado esta extraña anomalía que pesa sobre nuestras letras, no nos parece correcta ni ecuánime. En efecto, han descargado todo el peso de la responsabilidad en los hombros débiles de sus autores, a quienes culpan de incapaces, sin considerar otros factores que tienen tanta o mayor importancia que éste en la explicación del fenómeno. Entre ellos ocupa un lugar especial la falta de independencia del nuevo género literario que no cuenta con un grupo de individuos realmente entregados a la indagación histórico-literaria, como ocurre en países de cultura más densa que la nuestra, donde las obras de esta índole se dan por cientos y donde los problemas metodológicos o filosóficos propios del género son estudiados y revisados con particular interés. Considérese este hecho en toda su trascendencia. Las historias literarias nacionales no están escritas por historiadores literarios propiamente tales, sino por individuos

pertencientes a otras provincias del trabajo mental: historiadores, poetas y críticos impresionistas. Fácil es comprender que ninguno de estos individuos está en situación de interpretar en forma adecuada el fenómeno histórico-literario, por cuanto el espíritu y el método del nuevo género son distintos en alto grado a los que ellos emplean en sus investigaciones o creaciones. Escriben solamente de paso por la literatura, sin expresar hambre ni pasión intelectual de ninguna especie, factores indispensables para dar a una obra perfiles definidos y un valor permanente.

No es esto lo más grave. La injuria remata definitivamente cuando pretenden interpretar el proceso literario nacional con los mismos métodos o principios que orientan sus respectivas especialidades. El historiador lo hace estudiando históricamente nuestra literatura; el poeta, sin norte ni medida alguna y el esteta, despreciando los factores extrapoéticos en nombre de la belleza, que es lo único que le interesa. De estas influencias, la más grave, a nuestro juicio, es la de la historia, ciencia a la que la historia literaria ha estado subordinada con detrimento de su sentido y valor espirituales. Recordemos que Barros Arana, José Toribio Medina y Domingo Amunátegui Solar, historiadores de reconocida personalidad, han escrito obras histórico-literarias que la crítica ha aplaudido con muy pocas reservas. Pues bien, son estos autores los que han dado la pauta a todos los trabajos de esta índole escritos posteriormente. De ellos son los métodos, las clasificaciones y las finalidades.

Tocamos una materia de suyo delicada que hemos considerado prudente preparar con esta breve disquisición. Los vicios generales de que adolecen las obras dedicadas al examen de una parte o de la totalidad del proceso literario nacional, son los mismos vicios que invalidan las obras históricas.

La clasificación corriente de la historia nacional en tres períodos, la Colonia, la Independencia y los Tiempos Modernos,

es una imagen inexacta que los tratadistas literarios no han podido eliminar de sus estudios por las causas anotadas.

No es efectivo que nuestra literatura empiece con los primeros poemas y las crónicas escritas en la época de la Conquista y de la Colonia. No tienen nada de «nacional» las obras de Ercilla, Góngora de Marmolejo, Lovera, Pedro de Oña, Alonso Ovalle, Diego de Rosales, Molina, escritores que, tanto por la forma como por el fondo tienen más relación de sentido con las grandes corrientes literarias y españolas de la época. En consecuencia, hacer figurar estas obras al lado de la literatura chilena de los siglos XIX y XX, y sobre todo, colocarlas en el punto inicial de nuestro proceso literario, es un error tan grande que no creemos tenga precedente en literatura de país alguno. En España, por ejemplo, se comienza el estudio de la literatura con los cantares o poemas de gestas, y eso está bien, pues nadie puede poner en duda que el soplo interno que anima a estas creaciones es profundamente español. El Cid es el espejo de España, como lo es el Quijote y como lo serán más tarde las obras de Galdós o de Unamuno. Del siglo XII al XX hay en la literatura peninsular un lazo interno cordial que la une e identifica como perteneciente a una misma familia literaria, confundiéndola con la nación misma. El caso es muy distinto entre nosotros. La literatura llamada colonial, que con mejor criterio hemos dividido en Literatura de la Conquista y de la Colonia, no tiene ningún parentesco formal ni de sentido con la creación literaria de los siglos XIX y XX. Alonso de Ercilla y Zúñiga, pongamos por caso, es profundamente distinto a Pezoa Véliz en el contenido espiritual de su lírica. Y generalizando este sencillo ejemplo a toda la actividad literaria de esta época, inferiremos que es más bien española y no chilena, como hasta ahora se ha sostenido. De manera, pues, que empezar la historia literaria nacional con el estudio de estas obras, envuelve un error trascendental en la correcta apreciación cronológica de ella. La literatura chilena no empieza en el siglo XVI,

ni en el XVII, ni en el XVIII, sino que algo más tarde, en la primera mitad del siglo XIX con la brillante generación de 1842.

* * *

Una prueba irredargüible del fenómeno anotado se encuentra en los propios tratadistas literarios. Frente al problema que nos preocupa, que no puede eludirse, responden dubitativamente sin seguridad en los conceptos, o bien, incurriendo en errores substanciales. ¿Es o no chilena esta literatura? He aquí la pregunta que debe responderse inevitablemente. Refiriéndose a la literatura colonial dirá don José Toribio Medina en las páginas liminares de su obra: «Las palabras *literatura chilena* no se refieren, como fácilmente se deja entender, sino al cultivo que el pensamiento en todas sus formas (sic) alcanzó en Chile durante el tiempo de la dominación española. Aquella literatura puede decirse que fué una planta exótica transplantada a un suelo virgen, nada más que el arroyuelo que va a derramarse en la corriente madre». En este juicio enredado y lleno de vacilaciones, está entero todo el libro de Medina. Llama literatura al *pensamiento en todas sus formas*, craso error como puede verse; consecuente con este criterio no deja texto escrito de la época que no analiza y estudia como obra literaria; anotemos este hecho como uno de los errores más importantes en que incurrió el infatigable bibliógrafo; a continuación no se decide a dar el paso decisivo, cuando le asaltan dudas sobre la difícil naturaleza espiritual de esta literatura, incurriendo en paradojas realmente curiosas, en la interpretación de algunos autores, a los cuales termina por estudiar como pertenecientes a la literatura nacional. El libro de Medina es la primera obra de historia literaria de alguna importancia publicada en el país; ahora bien, esta primera imagen que él trazó de nuestra literatura ha pervivido por más de dos siglos.

Nadie, más tarde, ni Adolfo Valderrama, ni Samuel Lillo, ni Eduardo Solar Correa, escaparán a esta inexplicable influencia. Por distintos caminos, todos llegan a la misma conclusión.

Otro ejemplo. Don Domingo Amunátegui Solar, refiriéndose a «La Araucana», dice en «El Bosquejo Histórico de las Letras Chilenas»: «¿Por qué los estudios sobre la literatura chilena invariablemente empiezan por el análisis de «La Araucana», siendo así que fué obra española y compuesta por vate español?». La respuesta es obvia y ya la dió don Andrés Bello (!): «porque «La Araucana» es el poema nacional de Chile, único hasta ahora de los pueblos modernos cuya civilización ha sido inmortalizada por un poema épico». Fácil es advertir el error implícito en esta argumentación. El poema de Ercilla no es la obra nacional de Chile, por la razón sencilla de que no expresa nada de nada nacional: ni el paisaje, ni las costumbres aborígenes, ni el hombre o mujer chilenos. Todo aparece en el poema profundamente alterado. Colo-Colo, Lautaro, Fresia, Caupolicán no son de ninguna manera nuestros antepasados, por cuanto el poeta los ha idealizado, españolizándolos. Algo perdurable y edificante, sin embargo, creó «La Araucana»: el mito de la raza chilena, la que aparece revestida de altas virtudes y de un elevado heroísmo. Más tarde, cuando queramos afirmar nuestro sentimiento de voluntad y permanencia histórica, volveremos la mirada a las páginas del libro. Pero basta que esta imagen del indígena sea un mito, como ha observado oportunamente Eduardo Solar Correa, para que ya no sea historia.

Consideramos, por último, la opinión de un tratadista de alta sensibilidad y bien informado, el propio Eduardo Solar Correa, muerto prematuramente para desgracia de las letras nacionales. Su opinión no equidista de la de los autores citados y es, por el contrario, radical e inequívoca en cuanto a considerar chilena a esta literatura: «La influencia del medio—dice— a juzgar por sus obras, pudo más que el nacimiento y la edu-

cación. Nada hay que los emparente con la literatura peninsular, floreciente en la lírica, en el teatro y la novela; en cambio sus gustos y tendencias y hasta sus defectos hállanse en perfecta consonancia con los de la literatura criolla». La tradición historiográfica iniciada por José Toribio Medina termina en Solar Correa sin variaciones de importancia, entregada a la ley de la rutina y de la inercia.

Nuestro pensamiento sobre esta materia, según se ha dado ya a entender, es diametralmente opuesto. La literatura de la Conquista y de la Colonia, antes que la expresión de la nacionalidad nuestra, es el reflejo fiel de los poderosos móviles y motivos culturales de la España renacentista. Basta objetivar los hechos históricos estableciendo una prudente distancia entre el pasado y el presente, consejo spengleriano de un alto valor persuasivo, para advertir que la tónica cultural de aquella época, los impulsos e ideales de los hombres de entonces, están sometidos a la camisa de fuerza del sino de la cultura renacentista. Más bien que el punto inicial de nuestra historia en el orden cronológico cabe considerarlo como el lento y obscuro proceso por que pasó nuestro país antes de adquirir plena conciencia de sí mismo y de su propio destino. Es decir, aquella época no es historia todavía sino prehistoria, drama de la obscuridad y el caos por alcanzar la luz. Tres siglos más tarde, en tiempos de Portales, insurgirá viva la nación, plena de un contenido propio, como un atado de fuerzas dispersas que al fin han conseguido unidad y sentido.

Henos ante el punto decisivo de toda esta larga disquisición, la nación. ¿Qué es? ¿Cuándo un pueblo puede ser considerado como una nación? La respuesta es sencilla. La nación antes que una realidad de orden físico, racial o material, es una realidad de orden espiritual, un sentimiento vivo y presente en el ánimo y en el ambiente de todos los individuos que viven dentro de una tierra y tradición comunes, y que sólo aparece, cuando este pueblo se levanta en el medio histórico

con decidida voluntad de ser. Ese momento en Chile se presenta en tiempos de Portales, encontrando más tarde acabada expresión literaria con la brillante generación de 1842. Los artículos políticos y literarios de esta época no dan margen a dudas; a través de su lectura sentimos el vibrar de un pueblo joven recién nacido a la vida, que respira con sus propios pulmones.

José Victorino Lastarria revela claramente la aparición de este nuevo espíritu en el célebre discurso pronunciado en la Sociedad Literaria. Dice: «¿Pero cuál ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿A dónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad, el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es, por cierto, la respuesta a una pregunta semejante; pero así como rompe con audacia su vuelo la simple avecilla después del espanto que le causa la explosión mortífera del arcabuz del cazador, romperemos nuestra marcha después del terrible desengaño que nos causa la idea de nuestra nulidad, cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos. *Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de septiembre de 1810, estamos en la alborada de nuestra vida social y no hay un recuerdo tan sólo que no halague ni un lazo que nos una al pasado antes de aquel día.* Durante la Colonia, no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo. ¡Y cómo había de rayar! La misma nación que nos encadenaba a su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el ponderoso yugo de lo absoluto en política y religión». Más adelante agrega: «Pedro de Oña, que según las noticias de algunos eruditos, escribió a fines del siglo XVI dos poemas de poco mérito literario, pero tan curiosos como raros en el día; el célebre Lacunza, Ovalle el historiador y el candoroso Molina, que ha llegado a granjearse un título a la inmortalidad con la historia de su patria, son los cuatro conciudadanos y quizá los únicos de mérito que puedo citaros como escritores, pero sus producciones no son timbre de nues-

tra literatura, porque fueron indígenas de otro suelo y recibieron la influencia de preceptos extraños. Desde 1810 hasta pocos años a esta parte, tampoco hay obra alguna que pueda llamarse nuestra y que podamos ostentar como característica». En este juicio de Lastarria debemos distinguir dos partes: Primero: la conciencia bien clara en el autor de que sólo en aquella época apunta el nacimiento de la nación; y segundo, de que la literatura anterior a esta época es indígena de otro suelo. Oigámosle corroborar este mismo pensamiento a propósito de la concepción que tiene del cuento chileno, género cuya prioridad en las letras nacionales, como ha demostrado Raúl Silva Castro, corresponde al mismo Lastarria: «Ellos no tienen más mérito, dice, que el de ser testimonios históricos de un tiempo que no se puede olvidar. Los ensayos de novelas no presentan estudios de sentimientos y de caracteres, carecen de plan y de enredos; no tienen más que un arte, el de la narración sencilla de sucesos de la vida de personajes de acá. En un mal discurso hecho a la sociedad de estudiantes (se refiere al que ya hemos citado)... había dicho yo a los jóvenes que nuestra literatura debía ser nacional, porque no había pueblo que más que los americanos tuvieran que ser originales en su literatura, porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con los que constituyen la originalidad de la del Viejo Mundo». De otro lado, José Joaquín Vallejos, el Larra chileno como han dado en llamar con criterio fácil nuestros críticos, siendo así que el símil difícilmente resiste la prueba de un análisis objetivo, cogerá en artículos sabrosos y espumantes jirones vivos de la tierra chilena. El paso ya está dado. La literatura chilena cantará desde ahora nuestra típica realidad.

Pues bien, este sentimiento, este espíritu, es el que no asoma en parte alguna de la literatura llamada colonial. El fenómeno es perfectamente visible, tanto en las obras de carácter épico como en las crónicas de los siglos XVI, XVII y

XVIII. Precisamos, empero, establecer en este fenómeno ligeras variaciones y modalidades que permiten darse cuenta cómo en el dominio de lo chileno se sigue una línea ascendente, caracterizada por la ausencia absoluta de toda alusión a lo nacional en la literatura del siglo XVI; por el mejor conocimiento que de las cosas de nuestra tierra revelan los escritores del siglo XVII, v.gr. Ovalle y Rosales, y por cierto vago y confuso chilenismo, realmente paladino en Felipe Gómez de Vidaurre, que nos hace considerar a la literatura del siglo XVIII como una época de transición entre la literatura chilena y la española.

En realidad, tanto Oña como Molina, Vidaurre u Ovalle, escritores a quienes pudiera considerarse chilenos por haber nacido en nuestro suelo, son españoles, pues se comportan como tales a través de sus obras, excepción hecha de Felipe Gómez de Vidaurre, quien, como veremos más adelante, es el primer ejemplar estrictamente chileno en el campo de la literatura.

Veamos cómo poetas y cronistas aluden a nuestra tierra.

Alonso de Ercilla y Zúñiga, en «La Araucana», desvirtúa llevado por su educación renacentista, las características propias de la nación, ya sea idealizando al indio o confundiendo graciosamente nuestra flora vegetal con la de otros países. Un ejemplo: se trata de la elección de Capitán General de las fuerzas araucanas; es necesario para alcanzar este honroso título soportar sobre los hombros, en un amplio torneo, un grueso y pesado madero el mayor tiempo posible. Paicabí sale a la palestra dispuesto a obtener para sí el galardón:

Pues el madero súbito traído
(no me atrevo a decir lo que pesaba)
era un macizo *libano* fornido,
que con dificultad se rodeaba.
Paicabí le aferró menos sufrido...

(CANTO II).

Que nosotros sepamos, no existe en nuestra flora el líbano y sólo aparece en el poema de Ercilla por obra y gracia de su imaginación cargada de un fuerte resabio renacentista. El poeta habla de memoria sobre el paisaje del sur, y su memoria es mala. En otra parte alude el poeta a la indignación de Fresia en presencia de Caupolicán, hecho prisionero por los españoles. Las palabras bravas y orgullosas de la heroína no corresponden a su cultura, ni al espíritu de los aborígenes. Estarían mejor en labios de una mujer espartana:

No reventó con llanto la gran pena
ni de flaca mujer dió allí la muestra;
antes de furia y viva rabia llena,
con el hijo delante se le muestra.
Diciendo: «La robusta mano ajena
que así legó tu afeminada diestra,
más clemencia y piedad contigo usara
si este cobarde pecho atravesara.
¡Eres tú aquel varón que en pocos días
hinchó la redondez de sus hazañas
que con sólo la voz temblar hacía
las remotas regiones más extrañas?
¡Ay de mí! ¡Cómo andaba yo engañada
con altiveza y pensamiento ufano
viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, mujer del gran Caupolicano.
Y agora miserable y desdichada
todo en un punto me ha salido vano,
viendo prisionero en un desierto
pudiendo haber honradamente muerto.

.....

Dime, ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
hace inmortal la vida y gloriosa?
Mirarás a esta prenda desdichada,
pues que de ti no queda ya otra cosa;
que yo apenas la nueva me viniera,
cuando muriendo alegre te siguiera.
Toma, toma tu hijo que era el ñudo
con que el lícito amor me había ligado;
que el sensible dolor y golpe agudo
estos fértiles pechos han secado.
Cría, críale tú, que ese membrudo
cuerpo en sexo de hembra se ha trocado;
que yo no quiero título de madre,
del hijo infame del infame padre».

(CANTO XXXIII. Parte III).

Y así es el libro. ¿Puede llamársele, con justa razón, el poema nacional de Chile, como quiere el señor Amunátegui Solar? Indudablemente, no. Léanse los episodios idílicos incluidos en el poema—el de Guacolda y Lautaro en el Canto XIII, Parte 1.^a y el muy hermoso trance amoroso de Tegualda libre de «cuidado, amor y desventura» que un día «ardiendo en vivo fuego el pecho frío» entregó su amor, altivez vencida, al gallardo crepino (Canto XX, parte II)—y se comprenderá en que medida Ercilla desconoce la psiquis araucana. Es útil también recordar algunas palabras sueltas de la parte II, en las que el autor coloca los sucesos que relata en sus debidas proporciones. «No es poco atrevimiento—dice, refiriéndose a las batallas de San Quintín y de Lepanto, que intercala en el poema—quierer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde...». Quien así escribe es, indudablemente, un español auténtico.

* * *

El caso de Oña es idéntico y aun más grave que el de Ercilla. Nuestros tratadistas lo han llamado el patriarca de la poesía chilena, el primer poeta de la lírica nacional, títulos que en realidad no le pertenecen, pues, Oña no tiene nada de nacional y, por el contrario, si se le compara a Ercilla, resulta que es más español y cortesano que éste. Su actitud ante el indio y ante el paisaje es aleve y es falsa. Menosprecia a aquél sin piedad alguna, negándole incluso su atributo más relevante y destacado: el valor; pone un manto oriental, de colores rabiosos y sensuales sobre la tierra chilena, teatro de sus suaves y dulces exaltaciones sensibles. Obsérvese cuán poco importa en este caso el lugar de nacimiento en la filiación social de un hombre. Por otra parte, no debemos olvidar que Oña no nació en un país determinado, llamado Chile, sino en un campo de agramante, en una tierra en guerra, cálida de sangre y de ardor bélico, cuando la alternativa español-araucana era la única instancia válida para los dos bandos en lucha.

Hemos dicho que Oña negó la virtud más saliente e indiscutible del indio: su valentía. Así es, en efecto. Perteneciendo éste a una raza indomable—hecho que la historia reconoce—nos lo presenta cobarde e indigno de poblar la tierra. Dice de él:

¿Qué víbora, qué sirpe ni culebra
se puede comparar al araucano?
Que más parece al cielo con miralle
y helársele de miedo todo el valle.

(CANTO XI).

Ercilla nunca hablará de esta manera. Su espíritu es más ecuánime, justiciero y varonil que el de Oña. Frente al indio y al español, cuando se trata de decir la verdad, la balanza se

inclina en favor del primero. El araucano es valiente, y lo dice; es vilmente explotado en las minas y lavaderos de oro, y también lo dice. Oña, no. Llevado por su espíritu cortesano hace tabla rasa de la verdad, falsificándola arbitrariamente. Se refiere de lo dicho que siendo Ercilla español es más chileno que Oña, y que siendo Oña chileno, según los tratadistas, es más español que Ercilla. Extrañas paradojas a que conduce la interpretación acomodaticia y fácil de nuestra literatura.

Sigamos al poeta en este mismo aspecto de su obra. Galvarino llega con sus manos cortadas al Senado (sic) araucano y arenga enérgicamente a sus huestes:

Entró de la manera que venía
al tiempo que en el ínclito Senado
sobre seguir o darse a Don Hurtado
mucho y varios plácitos había.
Mas, aunque parte de él contradecía
lo que es rendir el cuello no domado,
los más, mirando el público e interese,
eran de parecer que se rindiese.

(CANTO XVII).

¡No puede darse caso más recalcitrante de españolismo!

En el Canto V, uno, de los más hermosos del Arauco Domado, se refiere el poeta a los amores de Fresia y Caupolicán. Los amantes están en el valle de Elicura, degustando las mieles siempre sabrosas del amor. El paisaje que nos pinta es convencional y convencional también es el lenguaje de los amantes:

Aquí Caupolicano caluroso
con Fresia, como dije, sesteaba,
y sus pasados lances le acordaba
por tierno estilo y término amoroso:

no estaba de la guerra cuidadoso,
ni cosa por su cargo se le daba,
porque do está el amor apoderado,
apenas puede entrar otro cuidado.
Por una parte el sitio le provoca;
la ociosidad por otra le convida
para comunicar a su querida
palabra, mano, pecho, rostro y boca,
y al regalado son que amor le toca,
le canta: «Dulce gloria, dulce vida,
¿quién goza como yo de bien tan alto
sin pena, ni temor, ni sobresalto?
¿Hay gloria o puede habella que se iguale
con esta que resulta de tu vista?
¿Hay pecho tan de nieve que resista
al fuego y resplandor que della sale?
¿Qué vale cetro y mando, ni qué vale
del Universo Mundo la conquista
respecto de lo que es haberla hecho
al muro inexpugnable de tu pecho?
¡Dichosos los peligros desiguales
en que por ti me puse, amores míos!
¡Dichosos tus desdenes y desvíos,
dichosos todos estos y otros males!
Pues ya se han reducido a bienes tales,
que entre estos altos álamos sombríos
tu libre cuello rindas a mis brazos
y a tan estrechos vínculos y abrazos!»
«¡Ay!», Fresia le responde, dueño amado,
y como no es de amor perfecto y puro
hallarse en el contento tan seguro,
sin pena, sin temor y sin cuidado;
pues nunca tras el dulce y tierno estado
se deja de seguir el agro y duro,

ni viene el bien, si vez alguna vino,
sin que le ataje el mal en el camino.
«De mi te sé decir, mi caro esposo,
(no sé si es condición de las mujeres)
que en medio de estos gustos y placeres
se siente acá mi pecho sospechoso...



.....

Su regalada Fresia, que lo atiende,
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademán airoso lanza el manto
y la «delgada túnica» desprende;
las mismas aguas frías enciende,
al ofuscado bosque pone espanto,
y Febo de propósito se para,
para gozar mejor su vista cara.
Abrásase mirándola dudosa,
si fuese Dafne en lauro convertida,
de nuevo al ser humano reducida,
según se siente della cudicioso;
descúbrese un alegre objeto hermoso,
bastante causador de muerte y vida,
que el monte y valle viéndolo se ufana
creyendo que despunta la mañana.
Es el cabello liso y ondeado
su frente, cuello y mano son de nieve,
su boca de rubí, graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado.

(CANTO V).

Y así es la lírica de Pedro de Oña; renacentista, española, emocionada de belleza y color. En ella brillan por su ausencia las alusiones auténticas a nuestra tierra y solamente el criterio

fácil y rutinario de la crítica nacional ha podido señalarlo como el padre de nuestra lírica. Es necesario desterrar definitivamente este grave error de apreciación histórico-literaria.

El fenómeno se repite en los cronistas de esta época. Alonso de Góngora Marmolejo, Pedro de Valdivia, a quien cabe más bien estudiarlo como cultivador del género epistolar, y Pedro Mariño de Lovera no manifiestan en parte alguna este sentimiento de «chilenidad» que buscamos. En el capítulo LIV de la «Crónica del Reino de Chile» escrita por Lovera, figura una conversación entre Lautaro y Llanos Veas, en la que se pretende, seguramente, pintar el carácter orgulloso y soberbio de Lautaro. Dice éste: «Pues entradas con la voz de Jacob y las manos de Esaú, predicándonos ley de Dios y ejercitando la del demonio para dorar vuestros engaños y cogernos el oro fino de nuestras minas». De esta manera hablan todos los cronistas, esto es, atribuyéndole al indio virtudes o defectos que no tiene.

Los escritores del siglo XVI al referirse a nuestro suelo efectuaron una curiosa operación: trasladaron al indio y a la visión de la tierra los hábitos culturales inherentes a su ascendencia española. Hicieron, lo que tenían que hacer: escribir como españoles. Justo es, entonces, reintegrarlos a la literatura a que realmente pertenecen.

* * *

El siglo XVII ofrece una fisonomía distinta a la del siglo XVI. Mientras éste está caracterizado por las interminables guerras entre españoles y araucanos, guerras que comunican al país un ámbito cósmico y anárquico, en el siglo XVII la presencia del Estado cambia radicalmente el orden de cosas. Belarmino ahora está sometido a jurisdicción; las aristas esquinadas y bravías de los soldados se pulen a fuerza de respeto y sometimiento a la autoridad real representada por Gobernadores

legítimamente nombrados por la Corona; la guerra, que antes ocupaba todo el centro de Chile, se desplaza a las márgenes sur del Biobío, lo que permite la formación lenta de la vida colonial en Santiago, La Serena, Chillán y otras escasas ciudades. El poblador desplaza al conquistador en el mando de la vida social. La ambición desenfrenada y sin límites de antes deviene en férvido espíritu religioso y evangelizante. El español lucha ahora más por la cruz que por el oro. Evidentemente, los tiempos han cambiado y la literatura no es ajena o extraña a este fenómeno. Quienes ejercen el noble oficio de las letras son sacerdotes o letrados, personas cultas, como el fino y sensible Alonso Ovalle, el enérgico y robusto Diego de Rosales o el triste Núñez de Pineda y Bascuñán, mejor poeta que prosista, en quien apunta una de las voces líricas más depuradas de este siglo.

Todos estos escritores realizan una obra nueva hasta este momento: descubren jirones vivos de esta tierra. Unos, el paisaje, con la vasta sinfonía de sus selvas, montañas y ríos; otros, las costumbres de los indígenas. Son veraces y sinceros. En sus palabras palpita un sentimiento cálido y suave de admiración y cariño a esta tierra. Y, por otra parte, tanto la prosa como el verso adquiere en mano de estos escritores altas calidades estéticas. El lenguaje es plástico, ceñido al pensamiento, sobrio y emocionado de color. Evidentemente, estamos frente a un tipo de literatura muy distinto al de la Conquista. Esta literatura por ser expresión de nuevos intereses colectivos ahincados en la sociedad de entonces, es la que nosotros llamamos, propiamente hablando, literatura colonial.

Ante el dilema de si es chileno o no este ciclo literario, debemos responder regativamente. A las razones aducidas con anterioridad, agregaremos otras. Posiblemente para muchos sea una peligrosa audacia afirmar esto perentoriamente, sobre todo cuando las pruebas objetivas y la fría elocuencia de los hechos, como nos ocurre con Ovalle, no salen a nuestro encuen-

tro con la oportunidad requerida. Pero en el terreno del arte y aun de la historia, el conocimiento recae más en la intuición mística de la realidad que en los procedimientos analíticos o deductivos gratos al pensamiento positivista. Así, por ejemplo, en la «Histórica Relación», del Padre Ovalle no aparece en parte alguna una confesión explícita de su chilenidad o españolismo. Pero ¿es necesario que el autor tenga que decir para darnos cuenta del típico fenómeno? ¿Por qué son nacionales, y bien nacionales, las obras de Dostoiewski, en Rusia; de Cervantes, en España; de Güiraldes, en Argentina; y las de Blest Gana, en Chile? ¿Será por que sus autores nos lo dicen a cada instante? Permítasenos una última argumentación sobre este tópico. Estimamos que una obra literaria cualquiera es nacional cuando la alternativa sujeto y objeto, hombre chileno, argentino, español, etc. con tierra española, argentina o chilena, se da fundida en una sola realidad. Este fenómeno no se presenta en el siglo XVII ni en el XVIII y, como observa Lastarria, tampoco es visible en las creaciones literarias de comienzos del siglo XIX. El Padre Ovalle alaba y colma a Chile de hermosos conceptos y ditirambos, pero éstos no constituyen, a nuestro entender, una prueba de chilenismo. Ve al indio y lo ve bien; ve el paisaje y es sincero y fiel en su descripción. Pero de aquí a inferir que esta literatura forme parte del acervo histórico nacional, hay una distancia considerable. Basta leer la obra para sentir este fenómeno.

Si Ovalle no es paladino y explícito en la afirmación de su sentimiento estético, el Padre Rosales, contemporáneo suyo, no deja margen a dudas al respecto. He aquí la defensa que hace de la «Historia General del Reino de Chile», anticipándose a las posibles suspicacias de sus lectores: «Y yo confieso que a no aver visto por vista de ojos muchas de las cosas de esta historia y a no aver tenido relaciones tan verídicas de personas que se hallaron presentes a los sucesos que en ella se refieren, no me atreviera a escribirla por no incurrir en la nota de menos

puntual. Y aun con aver estado tantos años doctrinando los indios araucanos, los de Tucapel, Paicabí, Boroa, Toltén, Imperial, Villarrica y aver dicurrido por toda la tierra desde Santiago a Chiloé, aver passado dos vezes la cordillera y puesto en paz a los puelches y pegüenches, comunicado con hombres muy entendidos de sus usos, costumbres y ritos y ceremonias y examinando diligentemente los sucesos de la guerra y acompañado muchas vezes el ejército, que todas son circunstancias que acreditan mucho la verdad, temo, según los pareceres de los hombres y las inclinaciones a censurar, que algunos podrán duda en la puntualidad. Mas puedo asegurar que me hepreciado de ella y afectádola con todo cuidado, ya por mi profesión, ya por mis años y ya por *castellano*, que en la sinceridad de la verdad y en la puntualidad tienen mucho crédito adquirido los que lo son».

Este lenguaje recuerda el estro abundante de Feijoo y las mejores páginas de las letras españolas.

Llegamos al siglo XVIII. Las cosas no han variado fundamentalmente con respecto al siglo anterior. El período de la Conquista ha sido superado en forma absoluta. El antiguo minero que era el conquistador, hombre más o menos nómada, que va donde brilla el oro o donde lo llama la gloria, ha terminado por arraigarse en la tierra, abrazado a ella, ella abrazada a él, por la fuerza misma de su obra. Pronto sentirá deseos de romper el aislamiento odioso en que económica y culturalmente lo mantiene la metrópoli, buscando el mercado de los demás países europeos. Dos establecimientos educacionales importantes, la Universidad de San Felipe y el Convictorio de Santa Carolina, enseñan a los hijos de la oligarquía reinante el latín y la gramática, cifra máxima del saber de aquellos tiempos. Y en el fondo abigarrado de la vida colonial, jacinto azul torcido sobre el alma de los criollos, la Quintrala, mujer sátnica y devota, enseña a los hombres el misterio impenetrable del amor.

Planea por sobre todo el ambiente colonial un vago y confuso sentimiento de chilenidad. Molina, desde Italia llamará a Chile «el jardín de América», amoroso requiebro de un alma nostálgica de su tierra; y Felipe Gómez de Vidaurre, por fin, dirá la palabra plena de contenido nacional, palabra válida por todo argumento: ¡Mi patria! Este ¡mi patria!, apuntalado entre dos exclamativos, signos cordiales y anímicos, es el misterio que se nos revela, es la aparición de Chile. Oigamos hablar a nuestro primer compatriota: «Conozco lo grande del asunto—dice, al justificar su «Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile»—y veo que mis fuerzas no pueden llegar a llenar el proyecto. Con todo, yo lo abrazo por el deseo que tengo de servir al público y de hacer conocer a *mi patria* en su propio y verdadero aspecto» (11). Es más, por si alguien dudara todavía del arraigado chilenismo de nuestro compatriota, conviene que le oigamos la hermosa defensa que hace de nuestras riquezas minerales: «Cuando se despierte en ellos el espíritu de comercio y se avive la industria y se cultive las ciencias de las artes, serán estas cosas la fuente inagotable de sus riquezas, no menos reales y verdaderas que lo que creen ahora las minas de oro, plata y cobre, que con tanto sudor trabajan para no gozarlas sino para que las disfruten los extranjeros». Palabras son éstas de un adelantado a su tiempo que bien podrían subscribir los más señalados defensores actuales de nuestra integridad nacional.

Quédanos una última disquisición para cerrar este capítulo. Nadie ignora que el mundo civilizado en el siglo XVIII fué profundamente francés en las tendencias e impulsos externos de la vida de los pueblos. Chile no escapó a esta influencia. Ahora bien, una prueba irredargüible de este general espíritu extranjero en el terreno literario, fué la asimilación de los cánones del enciclopedismo francés. Por el enciclopedismo el arte entregó su cetro a la ciencia. Se hizo arte, pero científico, calculado, frío, arte poco artístico. Molina y Vidaurre

son en Chile los ejemplos más claros de este fenómeno. Por esta razón antes que los primeros escritores chilenos pertenecientes al género poético, los consideramos como los iniciadores de la literatura científica nacional. Son obras heladas, ajenas a la ficción literaria y escritas, según declaración de sus autores, con el propósito de dar a conocer a Chile, parte por parte, tal cual es, atendiendo, ante todo, a la verdad. He aquí lo que Vidaurre dice al referirse a las plantas «alimentares» de Chile: «Sería nunca acabar si hubiere sólo de hacer mención de todas las plantas alimentares de que usan los naturales del reino, y fuera de mi propósito, que es de no hablar sino de lo que se puede sacar algún fondo de especial utilidad o ramo de comercio». En estas palabras se simboliza el espíritu realmente antiliterario de toda esta época.

La literatura en cuanto expresión de vivencias estéticas solamente aparece el año 1842. José Victorino Lastarria y José Joaquín Vallejos escriben entonces cuentos y artículos de un hondo sabor nacional. Son estos escritores quienes entregarán a la futura novela chilena los métodos y la materia. Luego Blest Gana, Daniel Riquelme, etc. culminarán el largo proceso uniendo con el hilo de la inteligencia y de la pasión creadora las páginas novelescas más auténticamente nacionales de las letras chilenas. «Durante la Reconquista», de Blest Gana, es el verdadero libro épico de nuestra historia. Miremos desde sus páginas al pasado con la misma mirada avisora de Lastarria y convengamos en que es completamente extraño a nuestra idiosincrasia, una media noche caótica y oscura donde la nación sólo está en germen y potencia. La Conquista y la Colonia son escalones más bien de nuestra prehistoria, o mejor considerado, trozos dispersos, hijos lejanos de la España católica, quijotesca y mística de los Habsburgo.

Desde entonces hasta hoy día, esta literatura novelesca ofrece un rostro histórico uniforme. Es una literatura objetiva, enamorada de las cosas y de la piel de esta tierra. Tiene mucho

de documento social (costumbrismo, historia, etc.) y poco de documento espiritual y humano. En sus mejores y más acabadas manifestaciones falta el soliloquio del alma consigo misma, la concreción de tipos y arquetipos propios del país. Sea por la dependencia de la cultura americana al pensamiento occidental, sea por la ninguna o escasa vocación subjetiva del genio europeo como ha observado muy bien Gide en su estudio sobre Dostoiewski, es el hecho que nuestra literatura no ha dado todavía al chileno, de pie a cabeza, plantado en medio de una obra. Hemos conquistado el medio que nos rodea. Falta conquistar el espíritu que nos rodea por dentro.

Los intentos realizados en este sentido son escasos y pertenecen a la última generación literaria. «Hombres», la novela de Eugenio González Rojas, es una obra de soliloquio y de intimidad, pero es fácil advertir en ella que una atmósfera ruso-chilena desvirtúa el drama interno de sus personajes. Otro intento, más feliz, a nuestro juicio, que el citado, es la magnífica novela de Alberto Romero, «La Viuda del Conventillo», pues tanto la irresponsabilidad de Astudillo como el sensualismo fatal de la viuda son dos fases sensibles de más de un tipo de mujer u hombre chilenos.

Nuestro espíritu es todavía el secreto de la Esfinge, la última zona por conquistar.

Y acaso lo que falta es historia, más historia, para que un día aparezca plenamente lograda en nuestra literatura la novela nacional.